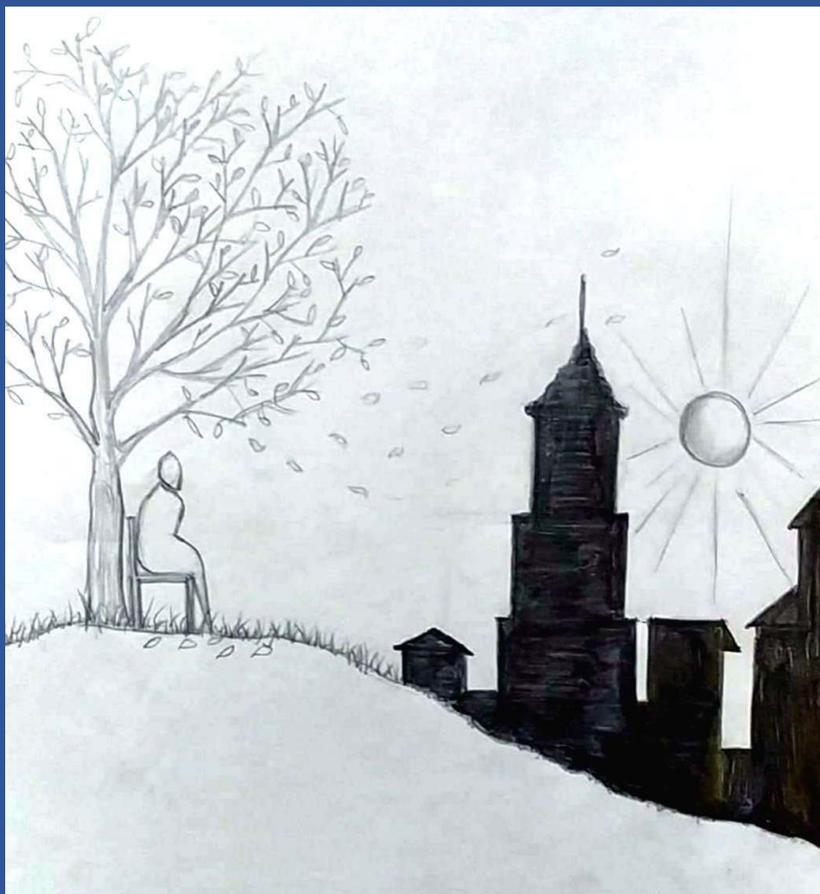


CIUDADES



JUAN FERNANDO AUQUILLA DÍAZ

Editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina
2020

Ciudades

JUAN FERNANDO AUQUILLA DÍAZ

Prólogo: Cristian Vecillas Sigüenza

Ilustraciones: José Ignacio Saquicela Arpi

FICHA TÉCNICA

Título: Ciudades

Autor: Juan Fernando Auquilla Díaz

Prólogo: Cristian Vecillas Sigüenza

Ilustraciones: José Ignacio Saquicela Arpi

© Editorial Centro de Estudio Sociales de América Latina (CES—AL.) <http://www.ces-al.ml>

Cuenca (Ecuador) 2020

CRÉDITOS

Cuidado edición: CES—AL

Portada: JMCG

ISBN: 978-9942-8845-6-5

Diseño y diagramación: CES—AL

QUEDA TOTALMENTE PERMITIDA Y AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE MATERIAL BAJO CUALQUIER PROCEDIMIENTO O SOPORTE A EXCEPCIÓN DE FINES COMERCIALES O LUCRATIVOS

Editorial Centros de Estudios Sociales de América Latina

Editor-Jefe
José Manuel Castellano Gil

COLECCIÓN TALLER LITERARIO

Directora
Yesenia Espinoza



Índice

Prólogo por Cristian Avecillas Sigüenza.....	4
Ciudades	7
1.....	7
2.....	20
3.....	34
Semblanza del autor	47

PRÓLOGO

SOLO LO DIFÍCIL ES ESTIMULANTE

Fue difícil para mí escribir estas palabras. Fue retardadora la tarea encomendada. Cuando la acepté, honrado, dichoso, no sabía que me sería un desafío tan difícil y por eso mismo tan feliz. Me explico.

Lo mejor y lo peor que puede hacer un poeta en otro ser humano es inspirarlo. Y este libro de Juan Fernando me ha inspirado, de manera constante, progresiva, indetenible, y ante él, ante sus páginas y sus poemas, inerme y asombrado, sentía lo mejor: estaba profusamente inspirado por la aventura y la travesía propuesta; y sentía lo peor: me detenía con frecuencia a contemplar, y de la contemplación, partía a la meditación, y a la escritura y a la vida misma, renovado, gozoso.

Por eso, tarea difícil: no podía avanzar y dar término a estas reflexiones porque el mismo poema, sus paisajes, sus recodos, sus mariposas y sus calles, me detenían, me alejaban del sentido práctico del objetivo de darle bienvenida a este libro, y me extraviaba como lector en este periplo hacia la contemporaneidad, hacia uno mismo.

Pero siempre avanzaba la aventura, bajo y según la guianza poética que Juan Fernando nos ha extendido con sus palabras y sus trazos de ciudad.

De las calles que no tienen mucho que contarnos, el poeta nos recupera y hace visibles a los seres invisibles. De los laberintos y las telarañas, el poeta nos trae las voces de los adolescentes que planean un atraco o un amor.

Así, estas ciudades, como todas las ciudades y todos los lenguajes, son complejidades, arbitrios de homo sapiens, que aminorando los paisajes incrementan nuestras necesidades, que juntando etnias y juntando dramas, incrementan nuestras desesperaciones porque vivimos entre hombres y no entre árboles, porque vivimos bajo vidrios rotos y no en soledad.

Entonces el poeta decide, recuerda, inventa, busca la sal de la urbe, y los cielos se trizan con una luz instantánea, mientras declina el sol dibujando manecillas invisibles.

Luego nos llega una invitación a las calles olvidadas, como si pudiésemos restaurar nuestro pasado con algún reencuentro, y nos llega, también el rumbo, el ritmo y el desencuentro de aquellos que caminan en puntas de pie tratando de aferrarse a sus vidas, vidas que también pasarán.

La cuadrícula, el zigzag, la chacana, la telaraña, el ajedrez, están presentes en este poemario.

Hacia el centro se encuentran la dama y al peón arrodillado que pide clemencia, las sirenas de tierra, los animales y la posibilidad del amor.

Y así se van sucediendo las ciudades: la amenazante ciudad arenosa convierte en arena a quien quiera beber de sus aguas; la ciudad deja vuh inventada por los monstruos de la iglesia; la ciudad que aprisiona a quienes la visitan y los convierte en gárgolas; la ciudad circo que nos hace parte de la función; y la ciudad serpiente, que es también ciudad madre, y ciudad deseo y ciudad dolor.

Y luego, las geografías parecen transformarse en interiores: ya no llegamos a la ciudad, salimos de ella, expulsados, hacia la autopista del sur, hacia la salida del oeste. Y sentimos como nuestra aquella sensación de desaparecer entre el polvo y los nombres escritos por los ancianos, sentimos como nuestra la necesidad de despedirnos y de tener que caminar en sentido contrario para reencontrarnos.

La ciudad es ella, ya sea en los grafitis o en los diseños arquitectónicos; es ella, que se advierte monumental, y que, sin embargo, quienes la visitan solo la imaginan, pues absortos en la contemplación de la puerta principal solo atinan a intuir la gran urbe celeste, pues quienes la conocen solo atinan a temblar de lluvia y de pasión ante la sonrisa leve de lo que se ama, porque: "Esta ciudad no asusta, no hay nada ajeno a ti".

Cómo no iba a ser difícil para mí haber escrito estas palabras si, a cada instante, como dije, me inspiraba y me tenía que detener a contemplar la belleza y el enigma, la sensación de estar adentro y a la vez afuera de múltiples ciudades, adentro y afuera de lo vasto,

sacro, que nos trae este pequeño y hermoso libro de Juan Fernando Auquilla, poeta, amigo, ciudadano.

CRISTIAN AVECILLAS SIGÜENZA
Guayaquil, en tiempos de pandemia, 2020

¿Lo que ves está siempre a tus espaldas? -o mejor-:
¿Tu viaje se desarrolla sólo en el pasado?

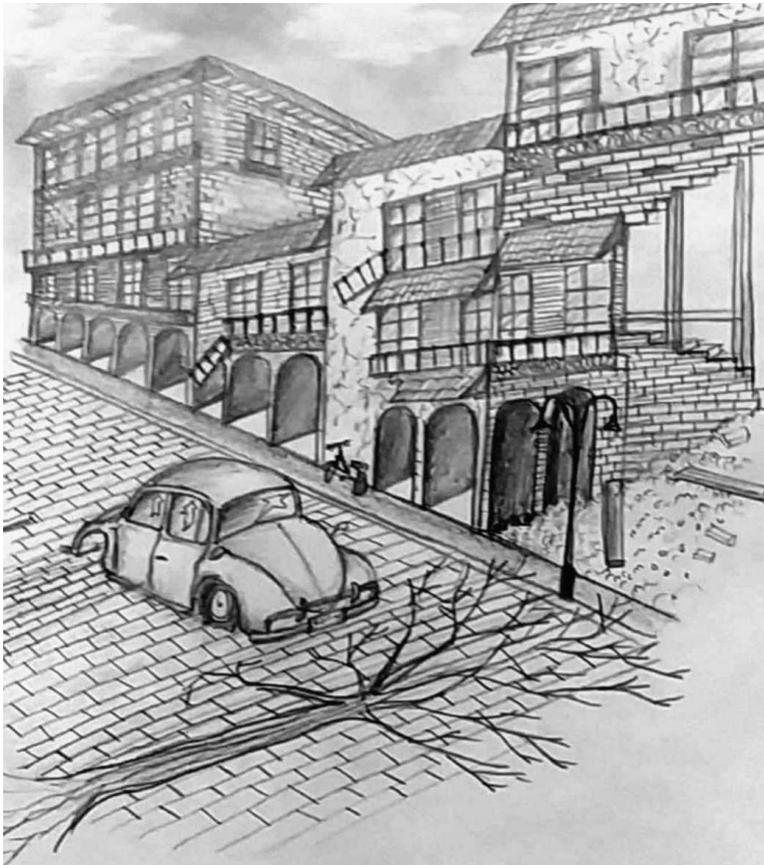
Ciudades invisibles
Ítalo Calvino

1

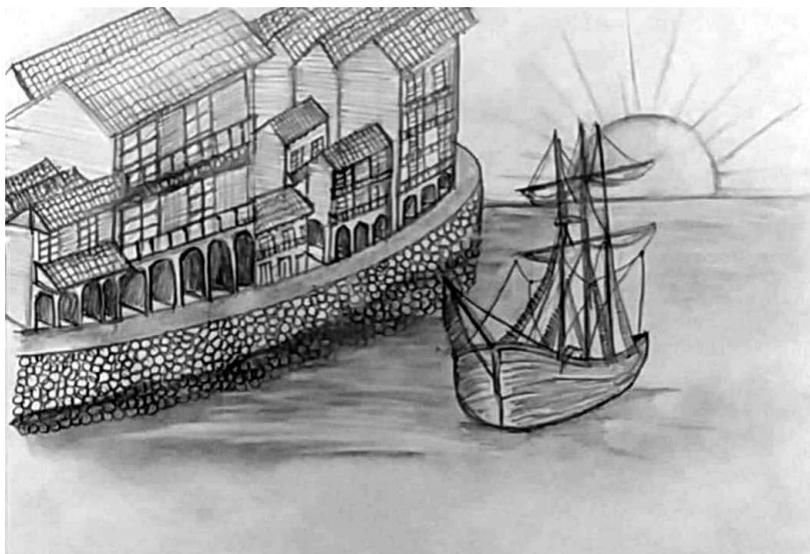
Mientras avanzamos por estas vías tórridas, las ciudades se presentan de cuerpo entero; existen ciudades de colores y formas diversas. Comentas que estuviste en ellas hace poco tiempo, y no lo dudo, tu respiración acelerada te transfigura frente a estas piedras. Me cuentas que en la mitad de la urbe trémula existe una plaza llena de sal y hojas muertas; alrededor de la plaza central mil mujeres agonizantes repiten a coro una frase confusa; a lo lejos declina el sol dibujando manecillas invisibles.

Las calles olvidadas tienen mucho que contarnos; hoy, solo, he decidido visitarla, conocerla, recordarla. Las calles llenas de algas, de líquenes resbalan ante los visitantes. A cincuenta pasos a la izquierda de la calle empedrada, la escalinata de piedra se mantiene intacta. Esta escalera de cemento tiene 600 escalones simétricos, construidos en forma de espiral que te trasladan a una superficie plana, intacta. Luego de abandonar el ascensor de concreto y constatar que el terreno escapa de la mirada, descanso; cierro los ojos y dejo que los habitantes invisibles me trasladen hacia la salida; la superficie acuática se convierte en olas que se concentran en torno a mi cuerpo. Es hora de regresar, de pisar la arena, de retomar la vía que conduce a la avenida principal.

Se avecina la tormenta sobre esta ciudad; la tarde súbitamente se cubre de colores ásperos y el cielo se triza con una luz instantánea; te invento caminando en paralelo debajo de estos rascacielos llenos de ventanas con vidrios rotos y paredes con letras plumizas, en donde se lee con mucho esfuerzo: *prohibido colgar carteles*. La ciudad, en donde un día los autos se aglomeraban, hoy luce desierta, olvidada, confinada al llanto.

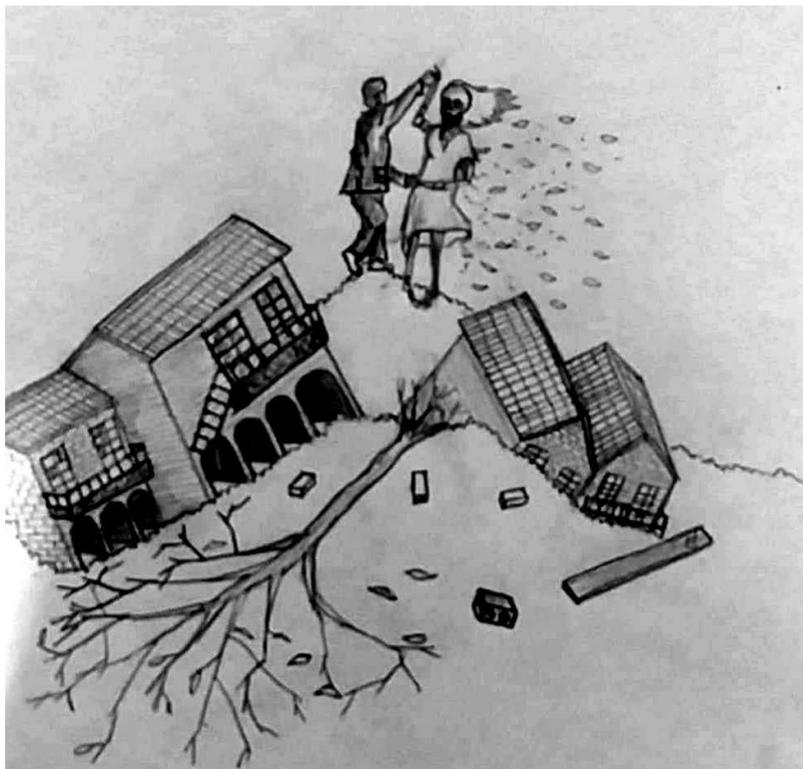


La ciudad contemplada desde lo alto tiene una forma circular. Sin embargo, las avenidas no llegan a tocarse. Esta ciudad es un inmenso laberinto. El centro es una plaza pública, tiene la forma extraña de una tela araña, de la cual penden espadas y cornamentas antiguas. A la salida izquierda de la ciudad un barco de velas negras se bambolea sobre las olas que esperan angustiadas; dicen los adolescentes que la visitan, que por las noches se escuchan voces tramando un plan para deshacerse de entregas, y engaños.



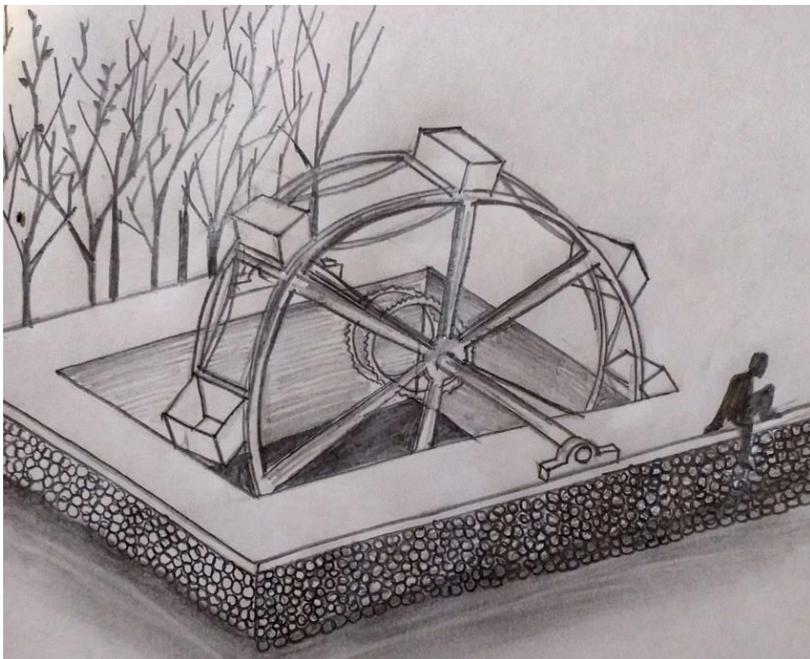
Desembarcamos en un puerto pequeño, las paredes de cristal separaban las primeras calles de esta ciudad; nos habían dicho que es una urbe maravillosa; sin embargo, no tenía nada de espectacular, o al menos a simple vista no, pues era como una más de las ciudades en las que estuvimos hace mucho tiempo. Caminamos siguiendo un sendero que se abría hacia la izquierda en donde un gran farallón construido con rocas y piedra caliza dividía la ciudad en la moderna y en la antigua. En la ciudad antigua el tiempo permanecía impávido; refugiados en nuestros cuerpos dejamos que la lluvia nos empape, mientras la playa abrupta recogía una a una cada ola que se rompía justo a dos metros de nuestros pies. Me invitaste a saltar a buscar la sal de la urbe, te tomé de la cintura y juntos observamos las piedras y la madera que se levantaban y formaban la ciudad a nuestras espaldas; una calle llena de gemidos se proyecta hasta perderse en el centro mismo de la ciudad. Fue la hora de regresar, sin embargo, nos fundimos en un segundo y el salto llegó, la sal, la inmortalidad.

La ciudad está llena de vendas amarillentas, de polillas sin alas; los caminos y los puentes están a punto de caer sobre las cloacas; los habitantes son distintos a los de otras urbes, caminan en puntas de pie tratando de aferrarse a las vidas pasadas.



Esta urbe tiene varias plazas ordenadas en forma de zigzag, en cada una de ellas hay una pileta en donde se encuentran animales fantásticos; la primera, a la derecha del paseante, tiene una esfinge desnudada por el viento, su mirada se dirige a mis talones cómo si buscará las respuestas a los anhelos de viajar por los desiertos, por las autopistas. La siguiente pileta, a la izquierda, en forma de chakana dibuja cuatro universos que superponen, se concentran en un punto diminuto en donde caben dos cuerpos y millones de manos lentas. Caminamos lentamente y el sendero empedrado nos devuelve como péndulo a la derecha, un barrizal se abre y al costado se erige una sirena, no la escuchamos, no habla, no se inmuta, dibuja una letra antigua que se convierte en agua y se funde en el barro. Una vez más a la izquierda se encuentra otra sirena al pie de la pileta, me acerco y fijo mi mirada en sus labios, repentinamente abre sus fauces, intenta tragarme entero, no me opongo, sé que irremediamente seré devorado, un cántico, que se apodera de mis tímpanos, es una música que se convierte en aullidos interminables, la locura llueve dentro de mí, de manera interminable, despierto y constato que aún no llego a la sirena ubicada a la izquierda.

La ciudad se localiza en una curva cerrada, así que es imposible evadirla. Se edifica ante los ojos de los transeúntes apenas se toma el sendero, un declive nos lleva al inicio de esta gran construcción de puertas pequeñas; ingreso casi reptando por la única puerta que está abierta; desde el cielo de esta ciudad caen miles de dagas como estalagmitas, es imposible caminar erguido; una a una las dagas caen sobre los cuerpos que invaden la ciudad, no me queda sino esperar la que se encuentre con mi siguiente movimiento; los azulejos de la ciudad explotan cuando la punta metálica hace contacto, descubro que es un gran tablero de ajedrez y debo caminar lentamente en diagonal, así evitaré el corte. En el centro se encuentran la dama y el peón arrodillado que pide clemencia.

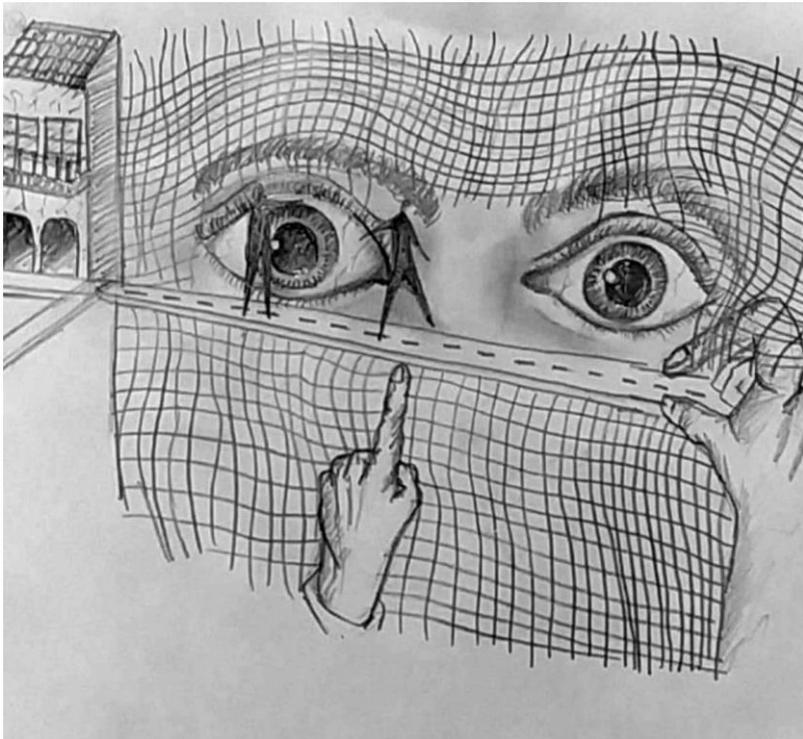


El sonido de una noria oxidada me indica el camino que conduce a esta ciudad; esta ciudad tiene varios pozos secos, las norias se balancean a voluntad del viento; dirijo la mirada hacia todos los lados y no hay salida, al menos no la encuentro, solo quedan los pozos y las cuerdas carcomidas; sé por dónde debo continuar, el día declina y es mejor pensar en el salto hacia los boquerones áridos, da igual nadie me espera.

Volamos sobre la ciudad arenosa, no había otra forma de recorrerla, nos posamos sobre los semáforos que aún funcionaban; sentados contemplábamos cómo se hundían los pies de los transeúntes desprevenidos, ellos se convertían en bustos, en estatuas, en árboles endémicos, cuerpos semidesaparecidos llenos de golpes cerrados en el aire. Esta ciudad tiene un oasis en el centro, deseo beber de esas aguas, pero es necesario caminar; entre las imágenes que se forman de manera difusa, debido a la humedad y la modorra, existen soles gemelos azulados que se reflejan en los charcos de las esquinas. Las palabras y los deseos de caminar se silencian cuando descubren fémures incontables a un costado de la vía, justo detrás de los siete muros calcinados; tenemos miedo de convertirnos en bustos o en fémures olvidados o en una caverna con las puertas cerradas, la sed continúa haciéndose.

Arribar a esta ciudad creada en dos colores es un Deja Vuh; existen seres inauditos: basiliscos de tres cabezas, cíclopes enanos, serpientes llenas de plumas, estos seres en forma de gárgolas observan la ciudad, la vigilan, la inventan desde la iglesia plomiza. Los visitantes recrean su memoria, pero no pueden darle color; en tonalidades de grises los cánticos, las miradas, el galope y los movimientos ajenos al aire nos invaden las certezas y nos llenan de miedos, de brazos mutilados; sentimos que las garras de las gárgolas nos aprisionan somos parte de ellas.

Esta ciudad, con enredaderas de cristal en las entradas paralelas, es una gran carpa llena de habitantes circenses, nos lanzan fuego, dagas, miradas; caminamos en equilibrio por las zonas de estacionamiento y los pasos cebras que de a poco desaparecen; sentimos levitar y caer contra las redes colocadas al este de la urbe; ruidos confusos en la mitad de la nada, miradas haciéndose en nuestros pies descalzos; fuimos parte de la función de la tarde mientras la lluvia dibujaba caminos verticales por los cristales.



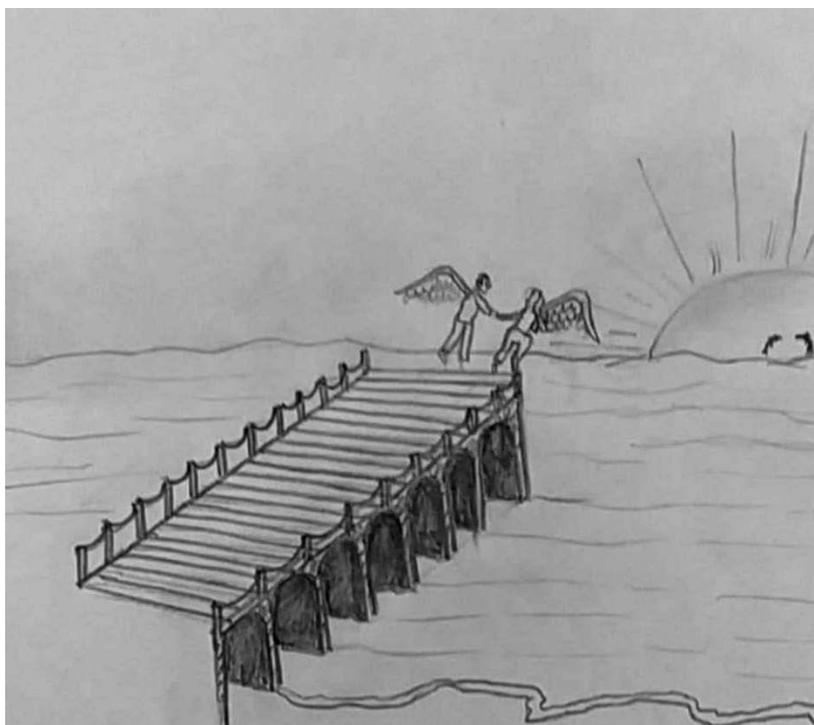
La ciudad es una gran serpiente acuática; la llanura duerme en verde sus pesadillas, solamente debes contemplar cómo se mueve frenéticamente de izquierda a derecha formando grandes ondulaciones tri dimensionales. La serpiente se desplaza casi planeando sobre las piedras; en el recodo del camino se encuentra mi madre conversando contigo, entiendo que la nostalgia es un dolor deseable. El amor se divide en mil lenguas, cada parte sabe cómo envolver con palabras o con labios que inventan historias, héroes, olvidos, despedidas.

2

Entramos de la mano a una ciudad, o a lo que queda de ella; en la piel se impregna una música lúgubre que nos invade desde las ruinas ubicadas al este de las murallas; esta urbe es triste, son tristes las puertas desencajadas que en su vaivén golpean los recuerdos; la oscuridad de la ciudad nos condena a las lágrimas; la melodía se repite en ecos y llega al centro de la plaza en donde los adoquines pierden sus filas; *te miro y tiemblo*, mientras una lágrima recorre los surcos de tu rostro; desaparecemos detrás de una llamarada que aún continúa en las columnas a la salida del oeste; el polvo y los rayos del sol guían nuestras pisadas; te balanceas...desapareces.

Fuimos expulsados por no caminar como el resto de personas, por invadir las vías marcadas, prohibidas desde la fundación de la ciudad. Exiliados por no creer en el tiempo, ni en lo cíclico de las horas; sentados de espaldas observamos cómo un anciano se inclinó lentamente y escribió en una hoja nuestros nombres en una larga lista de desaparecidos; sobre nuestros cuerpos, cuando una libélula escapaba de tus ojos, caían las primeras gotas de lluvia nocturna; nos refugiamos en un beso breve y decidimos emprender la despedida. Esta ciudad nos aguardaba desde hace siglos y hoy nos exilia sin pronunciar ninguna frase; la puerta de salida está ubicada en el punto preciso en el que la oscuridad se funde con un rayo de luz.

Antes que amanezca recogemos nuestras cosas, las que quedan, y partimos cuando todos duermen; observamos por última vez este puente que nos sirvió de refugio durante tanto tiempo; me miras mientras tomo tus manos y te acerco a mi cuerpo, entonces desplegamos las alas y partimos. Atrás se quedan las pisadas, los gemidos, la sal, las equivocaciones. La ciudad pierde su forma debajo de nuestras alas.



La ciudad nos recibió de fiesta a pesar de la lluvia, el vendaval y el granizo; la gente pintaba su cuerpo y danzaba en media calle; los colores que se diluían de nuestros torsos desnudos se mezclaban sicodélicamente entre los adoquines; nos unimos a la danza frenética, danzamos, giramos, gritamos; no sentimos las horas que esquivaban el espacio, fuimos parte de los que llegaban; los forasteros se unían en círculos concéntricos innumerables. Cuando la tarde acababa y la lluvia descendió por las alcantarillas, todos tomamos nuestras pertenencias y empezamos a salir de la ciudad; nadie permaneció en la urbe, todos marchábamos vestidos en sepia por la autopista del sur.

Esta ciudad tiene plantados dos árboles al este de un jardín pequeño. Las callejas sinuosas nos impulsan a caminar con menos prisa, pues inevitablemente llegaremos hasta el pie de los árboles en donde constataremos que el frío nos golpea los pies, pero no enfría nuestro pudor; desnudos caminaremos de la mano, mientras nuestras carcajadas nos inviten a buscar la salida, ubicada al oeste.



Nos dedicamos a olvidarnos; decidimos que nos iría mejor si caminásemos en sentido contrario, sabíamos que si lo hacíamos nos encontraríamos una vez más. Con miedo separamos las pisadas, las palabras, las frases. La voz junto con las lámparas de la calle principal se despidió y las luciérnagas a lo lejos en la montaña dejaron de frotar las alas; esta ciudad tiene tanto de ti, por más intentos de dejarla siento que va conmigo a todas partes; reconozco tu cuerpo en las estatuas, en las estaciones de bus, en las vías a solas; reconozco tu mirada, cuando desnuda desde la puerta de la habitación me preguntabas ¿qué sería de nosotros si volvemos a coincidir en otro semáforo?

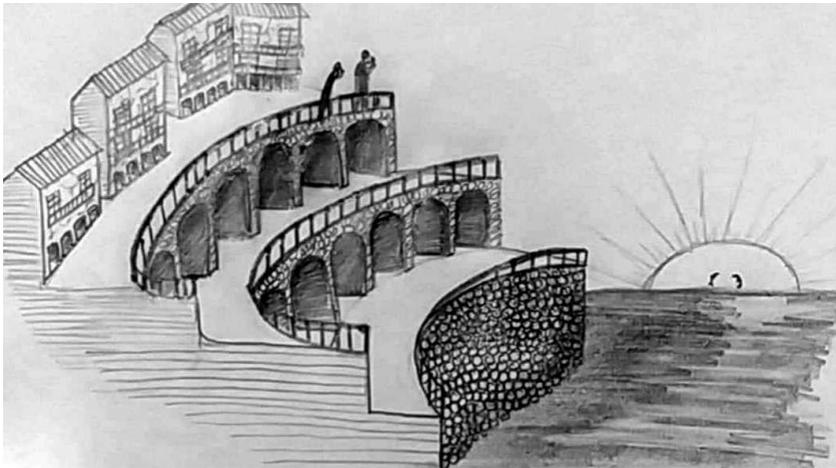
Esta ciudad conoció el inicio del tiempo, sin embargo, sus paredes permanecen intactas; los colores rosáceos de sus paredes talladas en piedra contrastan con el azul del cielo en medio de la arena. En el frontis del edificio central alguien inscribió una frase en sánscrito antiguo “deja que mi piel se convierta en la tuya”. Recorremos la ciudad. Los diseños arquitectónicos bellamente decorados me recuerdan las proporciones exactas de tu cintura. Inicio un nuevo recorrido esta vez descubro tu cuerpo que contrasta con el calor de mis caricias. Tu piel es parte de mis manos, por un instante imagino la mano tallando la frase en sánscrito antiguo.

Después de incendiar las naves nos internamos en la ciudad que se extendía a lo largo de una playa llena de arena plumiza que reflejaba el cielo. La urbe como un libro abierto permitía leer historias escritas en las paredes; los perros que deambulaban por los senderos movían alegres sus colas y nos llevaban hacia una casa ubicada en un declive de la playa, correteaban y nos lamían los talones, los pies; las cicatrices del tiempo impregnadas en nuestros rostros nos recordaban que ya no somos los mismos. A medida que llegamos al declive, la casa se dejaba ver pintada de azul, de celeste, de turquesa, era una prolongación del mar, sus puertas estaban abiertas. Entramos calladamente, al fondo en una hamaca se balanceaba la misma mujer que nos había despedido hace veinte lunas. Nos tomó de la mano y empezó a recitar cada una de las ciudades que habíamos visitado; en orden, sin perder un solo detalle reinventamos las urbes recién visitadas; la mujer no dejó de hablar hasta que describió un declive, arena plumiza, puertas abiertas, una hamaca, el viento, la sal.

Las paredes de la ciudad son gigantescas rocas que se juntan una a una. La puerta de acceso a esta ciudad presenta un gran travesaño tallado en un monolito con la cara frontal pulida, de tal forma que los visitantes pueden levantar la vista y desde un ángulo preciso contemplar el cielo. En ciertas épocas la mirada se alinea construyendo un ángulo que deja ver la bandada de las aves volando al sur; en otras épocas se observan eclipses. La ciudad se advierte monumental, sin embargo, los que la visitan solo la imaginan, pues absortos en la contemplación de la puerta principal solo atinan a descubrir la gran urbe celeste, plomiza y blanca que se presenta ante sus ojos.

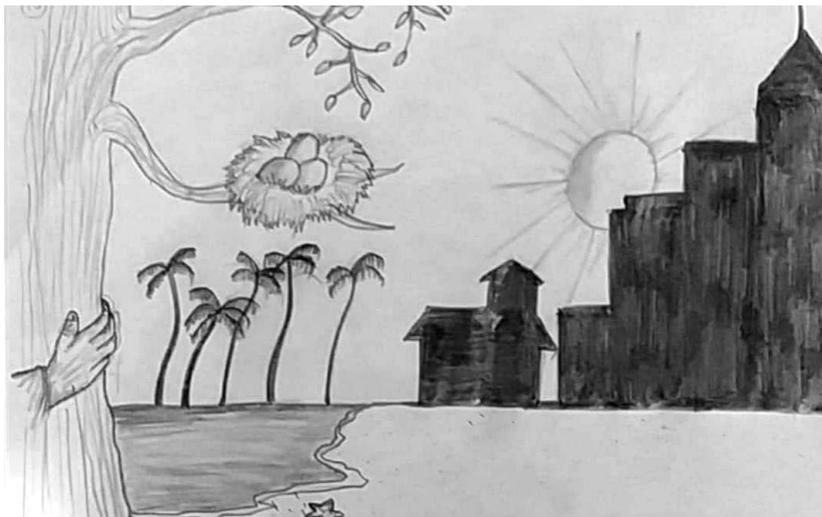
Para arribar a la ciudad, de la que los amantes hablan, es necesario emprender un viaje a la media noche, pues el alba o los rayos del sol dibujan la silueta de sus cúpulas a contraluz. Mientras navegamos por el río que atraviesa la ciudad, a derecha e izquierda se levantan árboles: acacias, cerezos, robles con sus inmensos dedos que nos acarician, en su follaje se detiene el tiempo. Me apoyo en tu mano, siento tu estremecimiento; cerramos los ojos y somos parte de la silueta; a contraluz un solo cuerpo inundado de sombras. Las cúpulas de tu pecho coinciden con la silueta de mis labios. La ciudad eterna de la luz opuesta sobre nuestros cuerpos fundió el deseo, el cuerpo, el aliento.

Vista de cerca la última ciudad que visitamos era una serie de semicircunferencias ubicadas en forma descendente. Al fondo de la ciudad se elevaba una pared enorme que sirve para que las palabras reboten y formen olas. Nos ubicamos en la primera semicircunferencia y empezamos a gritar nuestros nombres, a describir nuestros cuerpos; al igual que las palabras se convertían en una, aprendimos a mezclarnos, a petrificarnos.



Contemplo la ciudad a oscuras desde el filo de la sal y el granizo, mis pasos, ajenos a mi cuerpo, me conducen por las sombras, por los recuerdos, por el pasado, a momentos me niego a seguir avanzando, no me opongo a continuar; sin embargo, con un ligero movimiento me libero y me coloco a la vera del camino, arribas también a la ciudad y no te percatas de mi presencia, continuo el camino detrás de ti y contemplo tu espalda en donde una marca presenta dos columnas antiguas que llegan hasta tus hombros, de manera idéntica la ciudad tiene dos columnas inmensas que la sostienen. Esta ciudad asusta, conmueve, silencia, anuncia, cobija, refugia; esta ciudad eres tú, no hay pasos, edificios, túneles, historias que no se construyan sin tu presencia.

Esta ciudad no asusta, no hay nada ajeno a ti, no hay senderos a desnivel, ni edificios vertiginosos; tú -ciudad eterna- llena de espacios no recorridos, torres inmensas que colindan con la playa, árboles llenos de nidos antiguos; al igual que mis pies en la ciudad, sé que mis manos no alcanzarán a recorrerte completa.



Nos dormimos por el cansancio y sin constatar las horas llegamos a la ciudad llena de acueductos, goteras, aguaceros; desnudos caminamos frente a los restos de cristales puntiagudos que aparentan un inmenso electrocardiograma. Observo tu cintura, tus brazos; contemplo cómo te conviertes en agua y me sumerjo en ti sin temor a ahogarme. A esta ciudad la recorren varias ciudades, a momentos se convierte en charcos oscuros debajo de alguna vereda marchita; la ciudad se reconoce temblando en las piedras y en los muros acuáticos; te evaporas y vuelvo a crearme convertido en llovizna o palabras.

La ciudad no es la misma, los de adentro contemplan a quienes caminan por la periferia e imaginan la forma para ser parte de ellos; los parias, desde el borde urbano recuerdan cómo era vivir ahí adentro en esa ciudad.



De repente empezó a llover cansinamente. Sobre nuestros hombros pesaban los semáforos que nunca cambiaban de aspecto; estas cabezas de cíclopes urbanos, guiñaban sus ojos tricolores; mientras, nosotros al pie del abismo esperábamos. Preguntabas qué hace un semáforo al borde la nada, siempre en verde, yo no decía nada, pero pensaba que era una puerta abierta, sólo eso, una puerta abierta. Después de segundos de silencio te contestaba algo como es un semáforo nada más, Ah, contestabas fríamente.

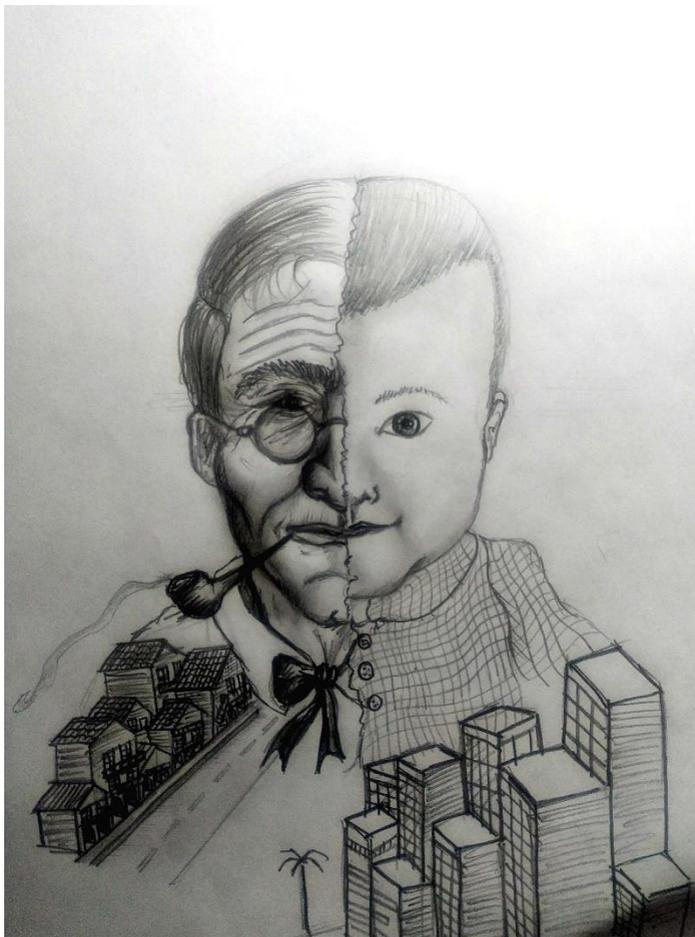
En tus manos estaban escritas nuestras vidas, pero no deseábamos leerlas; te apoyabas tímida a mi hombro, miles de ojos alrededor nos interpelaban, no entendíamos. Los transeúntes con sus ojos, con sus cámaras, con el zoom completo sobre nuestros cuerpos nos perseguían. Tenías dieciséis o diecisiete, creo. Yo no recuerdo cuántos años tenía. La lluvia no me permitía contar tus parpadeos.

La ciudad se repite en cada rostro de quienes se quedan habitándola, se repiten las historias, los rituales, los encuentros y los abandonos; todos creen conocerse y se saludan, se alegran de ser parte del recorrido urbano, descende el día, mañana serán nuevos encuentros con las mismas palabras.

Quizás la ciudad no es más que una idea de quienes la habitan y un recuerdo de quienes fueron exiliados; quizás no es más que un estallido abrupto, una larga fila de limosneros pidiendo un momento de lucidez.

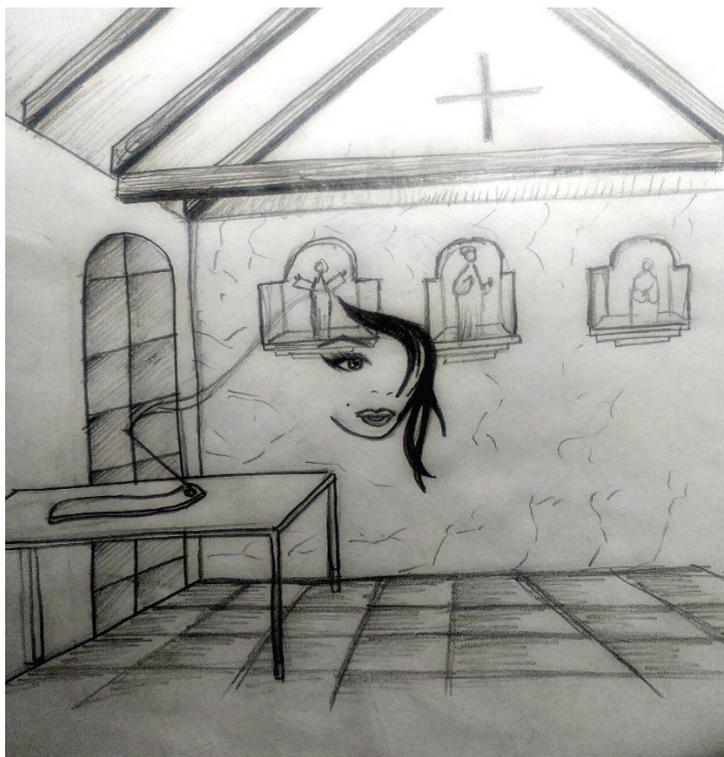


Las calles renacen en cada rostro, en cada personaje que deambula por las veredas, no importa que las pisadas leviten en tiempos diferentes.



El mundo es el reflejo de lo que somos, pero también de lo que no deseamos ser. Las ciudades son grandes ventanas que nos permiten acercar y acercarnos a los nosotros que deambulan por las calles; vamos caminando hacia diferentes lugares y nos fundimos en un segundo, mientras las mariposas vuelan, buscan otras alas.

Al momento de ingresar a la capilla del pueblo, el incienso marca los recuerdos, no importa el aroma que inunda el ambiente. La memoria, elefante exiliado, lleva a cuestas la imagen de tu cuerpo convirtiéndose en una sonrisa leve, en un adiós.



Una gran escalera construida sobre tres arcos de piedras oscuras pegadas con argamasa blanquecina, es el lugar por donde se arriba a los queda de la urbe; las gradas derruidas por el tiempo nos conducen a una planicie-mirador. La ciudad es una postal de luces distantes; al fondo la montaña como un muro gigante no permite que la mirada vaya más allá, la montaña es el límite. Contemplar la ciudad es un descanso; la ciudad se reconstruye mientras cierras los párpados. La ciudad permanece intacta, a pesar del tiempo, está en tus recuerdos.

La ciudad se va encendiendo lentamente mientras la noche llega. Miro las luces que inundan el retrovisor e imagino que en esas calles caminábamos de la mano, corríamos alegremente, mientras los charcos resucitaban; estas aquí en las calles paralelas, en estas luces con una sola dirección; estás... ¿Quién soy yo para negarlo?

Mientras llueve escuchamos cómo el silencio se rompe con los recuerdos y la luz instantánea nos inventa, la ciudad está dentro, cada vez más dentro.

Un día respiramos y contamos los segundos con el aliento detenido, jugando a morir, a mirarnos mientras deteníamos el tiempo. Jugamos a sonreír, mientras con fuerza juntábamos los labios, porque los pulmones también reían a carcajadas. Un instante aspiramos, al mismo tiempo, una ráfaga de aire que se quedó en las aceras, en el tiempo y la memoria.

Ayer caminamos, en puntas de pies, por las hojas de los árboles en mitad de la lluvia... en forma de gotas nos fundimos, hasta desaparecer por las alcantarillas.



SEMBLANZA



Juan Fernando Auquilla Díaz, (1973), Cuenca-Ecuador. Licenciado en Educación Universidad de Cuenca, Magíster en Estudios Culturales Latinoamericanos, con mención en Literatura, en la Universidad de Cuenca y actualmente realiza estudios doctorales en educación en la UNLP (Universidad nacional de la Plata- Argentina).

Trabajó en los subniveles inicial, Básica elemental, Básica media, Básica superior, Bachillerato Técnico, Bachillerato General Unificado durante dieciocho años, Vicerrector académico en un lapso de cuatro años. Labora doce años en Educación Superior, docente de la Universidad de Cuenca, Instituto Superior del Azuay y actualmente en la UNAE (Universidad Nacional de Educación). Miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay. Ha participado en proyectos sociales vinculados a la poesía y escritura creativa dirigida a grupos vulnerables como las personas privadas de la libertad. Licenciado en Educación Universidad de Cuenca, Magíster en Estudios Culturales Latinoamericanos, con mención en Literatura, en la Universidad de Cuenca y actualmente realiza estudios doctorales en educación en la UNLP (Universidad Nacional de la Plata-Argentina).

Publicaciones

Divagaciones y profanaciones (2005). Universidad de Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana

Ciudad Nómada (2010). Casa de la Cultura Ecuatoriana

Estaciones (2017). Casa de la Cultura Ecuatoriana

Sábanas Resucitadas (2019). Editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina

Colectivos poéticos y culturales

Buseta de papel. Guayaquil-Ecuador

Salud a la Esponja. Cuenca-Ecuador

Revista Pluma. Argentina

República Sur. Cuenca- Ecuador

Otras publicaciones

Poemario Sonoro contemporáneo (2017). Fragmentos musicalizados por la Banda Phantom Bullets y el canta autor Pepe Luna.

Memorias del V Simposio Nacional de Literatura PABLO PALACIO (2018). Casa de la Cultura Ecuatoriana-Núcleo de Loja.

La poesía y el aula: una propuesta de escritura creativa desde lo lúdico. (2018). Universidad Nacional de Educación (UNAE).

Educación estética, formación, desempeño del docente de Educación Básica (2018). Editorial EAE. España.

PUBLICACIONES: COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES

<https://ces-al.wixsite.com/website>

- 1.- COMPENDIO DE ESTUDIOS SOCIALES SOBRE ECUADOR de VV. AA. (2019).
- 2.- PROVINCIA DE EL ORO: Anuario de fiestas de Rodrigo Murillo Carrión (2019).
- 3.- ENTRE CANARIAS Y ECUADOR de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 4.- LA CULTURA DEL MAÍZ. SARAMAMA. Lenguaje, saberes e identidad en la comarca azuayo-cañari de Carlos Álvarez Pazos (2019).
- 5.- CUADERNO DE PRÁCTICAS DE PSICOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN. Grados de Magisterio (Infantil y Primaria) de Camino Álvarez Fidalgo, Ginesa López Crespo y José Martín-Albo Luca (2019).
- 6.- CRÓNICAS INTERCULTURALES de Brígida San Martín García, Edgar Cordero Coellar y Lorena Álvarez León (2019).
- 7.- PROCEOS DE MUNDIALIZACIÓN coordinado por Pedro A. Carretero Poblete, Arturo Luque González y Ramón Rueda López (2019).
- 8.- INDICADORES SOBRE ACTIVIDADES CULTURALES DE LOS ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA. Volumen I: Actividades culturales de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 9.- GESTIÓN CULTURAL ALTERNATIVA. Reflexiones para su ejercicio de Ramiro Caiza (2020).
- 10.- EPISTEMOLOGÍA ANDINA coordinado por Pedro A. Carretero Poblete y Jennifer M. Loaiza Peñafiel (2020).
- 11.- ASÍ NOS CONTARON LA HISTORIA DE ESMERALDAS de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 12.- TEJIENDO REDES, CONSTRUYENDO PUENTES de Arturo Luque González (2020).
- 13.- LECTURA Y EDUCACIÓN LITERARIA: Aproximaciones, prácticas y reflexiones, Coordinado por Genoveva Ponce Naranjo y Aldo Ocampo González (2020).

- 14.- ¿QUIÉNES SON LOS POBRES ECUATORIANOS POR INGRESOS? UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN de Efstathios Stefos (2020).
- 15.- EL DERECHO A LA SEGURIDAD SOCIAL Y EL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD EN ECUADOR de Claudia Sánchez Vera (2020).
- 16.- DE LO RURAL A LO URBANO EN ECUADOR, coordinador por Pedro A. Carretero Poblete, Franklin R. Quishpi Choto y Luis A. Quevedo Báez (2020).
- 17.- TERRITORIO Y PATRIMONIO, Coordinado por Rosa Campillo e Irina Godoy (2020).
- 18.- TESTIMONIOS, VIVENCIAS, REFLEXIONES E IMÁGENES EN TIEMPOS DE COVID-19: Ecuador, Tenerife, Málaga y Roma, coordinado por José Manuel Castellano y Genoveva Ponce Naranjo (2020).
- 19.- TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE URBANO DE RIOBAMBA (1900-2018) de Estebán W. Bravo Carrión, Ana L. Cerda Obregón y Fredy M. Ruis Ortiz (2020).
- 20.- COSMOPOLÍTICA, DEMOCRACIA, GOBERNANZA Y UTOPIA, coordinado por Luis Herrera Montero y prólogo de Adrián Scribano (2020).
- 21.- CRÓNICAS DESDE ECUADOR de José Manuel Castellano Gil con prólogo de Manuel Ferrer Muñoz (2020).

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

22. Valdivia una sociedad neolítica: Nuevos aportes a su conocimiento. Coordinado por Mary Beatriz Jadán Veriñez (2020).
- 23.- PELEAR CON LOS RECUERDOS. Historia de vida de una emigrante colombiana a Ecuador de Marcela Ulloa Pineda y José Manuel Castellano (2020).

PUBLICACIONES COLECCIÓN TALLER LITERARIO

<https://ces-al.wixsite.com/website>

1. POEMARIO de Edisson Cajilima Márquez, con prólogo de Francisco Viña (2019).
2. SÁBANAS RESUCITADAS de Juan Fernando Auquilla Díaz, con prólogo de Catalina Sojos (2019).
3. MISCELÁNEAS DE VOCES JÓVENES de VV.AA., con prólogo de Juan Almagro Lominchar (2019).
4. SUPERNOVA de Francisco Carrasco Ávila, con prólogo de Jorge Dávila Vázquez (2019).
5. EL ÁRBOL DE CAMELOS de David M. Sequera (2020).
6. QUEJAS DESDE LA LÍNEA IMAGINARIA de Claudia Neira Rodas, con José Manuel Camacho Delgado (2020).
7. KILLKANA: Relatos de jóvenes ecuatorianos, Coordinador por David Sequera (2020).
8. VOLVER A CASA de Manuel Ferrer Muñoz con prólogo de Catalina Sojos (2020).
9. POEMAS ENTRE ORILLAS de VV.AA. (2020).
10. Nueva canción de Eurídice y Orfeo de Jorge Dávila Vázquez (2020).
11. Ciudades de Juan Fernando Auquilla Díaz con prólogo de Cristian Avecillas Sigüenza (2020).
12. Diez pequeñas historias de Esthela García con prólogo de Germán León Ramírez (2020).
13. Sinfonía de la ciudad amada de Jorge Dávila Vázquez con prólogo de Francisco Proaño Arandi (2020).

Lo mejor y lo peor que puede hacer un poeta en otro ser humano es inspirarlo. Y este libro de Juan Fernando me ha inspirado, de manera constante, progresiva, indetenible, y ante él, ante sus páginas y sus poemas, inerte y asombrado, sentía lo mejor: estaba profusamente inspirado por la aventura y la travesía propuesta; y sentía lo peor: me detenía con frecuencia a contemplar, y de la contemplación, partía a la meditación, y a la escritura y a la vida misma, renovado, gozoso.

Cristian AVECILLAS SIGÜENZA

